

El Coco

Iván Medina Castro

Maestría en Estudios Literarios UAEM, 2° semestre

*Duerme, duerme, niño lindo,
que viene el Coco...*
Antón Chéjov



Entré entusiasmado para gozar de mi primer espectáculo circense, como todos aquellos niños sonrientes y bulliciosos. Fascinado ante aquella novedad de exquisita luz tenue y multicolor, entre animales salvajes y trapeceistas valientes dando maromas mortales por los aires, seducidos por la comparsa de aplausos. Impetuoso. Mis ojos especulativos se clavaron en el payaso cuando se movió, como sólo él sabe hacerlo, tan despacio como el telón. Quedé estupefacto, sin aliento, con el semblante completamente pálido; mis padres, preocupados, trataron de darme ánimo explicándome la función graciosa e inofensiva de aquél. No quería escuchar o quizá simplemente no escuchaba. Al incrementarse mi conmoción, al sentir próxima la presencia de ese bufón de risa mezquina, comencé a tiritar hasta quebrar la frágil vara del algodón de azúcar que sostenía firme con mi mano izquierda. Al saber mis dedos libres, ceñí con fuerza la suave muñeca de mamá y me desvanecí sobre la butaca. Ya en casa, sin resistencia física, volví a aquel cuarto tapizado con cientos de rostros maléficos de arlequines desquiciados; a la sala oscura de mis pesadillas pueriles, a la habitación donde cada noche de función se me hacía morir con el preámbulo del tétrico rechinar de las bisagras del closet, un crujir cambiante cada vez que las pequeñas puertas opacas ceden hasta encontrarse abiertas, y el guiñol, salido de la penumbra, avanza con una delicada morbosidad hacia mi pequeña cama infantil, grávida de suplicios, como otras tantas veces lo ha hecho.



Protestad divina, María Victoria Velázquez Moreno.